

ALFAGUARA



Carlos Fuentes

Federico en su balcón

Aarón (1)

Aarón Azar vive en el cuarto que le cede, con gusto, una familia que conoció a la suya. No es una casa elegante, aunque sí cómoda. Está situada en un barrio de las afueras de la ciudad, de manera que Aarón tiene que hacer un trayecto de casi una hora (y el regreso) a los tribunales.

Camina al trabajo. Se ha impuesto la disciplina de no utilizar el transporte público. No podría pagar un taxi. Y no toleraría viajar entre apretujones y sudores. Prefiere caminar, le da tiempo de pensar. Piensa todo el tiempo. En la recámara que le obsequian sus amigos, la familia Mirabal, se sienta horas enteras. Teje. Eso le ocupa las manos y le libera el pensamiento. Teje calcetines, suéteres, no le salen bien las corbatas de lana.

Tiene un solo traje decente, negro oscuro, cruzado. Cuando trabaja, nadie lo ve. Porque debe vestir una toga negra. Asume la vestidura de la justicia. No abjura de su traje negro oscuro. Lo ven llegar y salir bien vestido. Quién sabe si alguien comenta, “¿No tiene otro traje?”. O “Tendrá muchos trajes idénticos”. “En todo caso, es un hombre sobrio.”

¿Qué se pregunta a sí mismo durante las largas y solitarias horas cuando se sienta a tejer? Piensa, obsesivamente, en el castigo.

Sabe que de su actuación en el tribunal —mañana mismo— dependerá que un ser humano sea liberado o castigado. Y si es castigado, muchas preguntas asaltan el ánimo de Aarón Azar mientras teje:

- ¿Por qué se castiga?
- Para defender a la sociedad.
- ¿Basta?

No, porque el juicio no es sólo legal. También es sentimental...

¿Qué quieres decir?

Que todo juicio afecta el orden moral.

¿Los deberes de cada individuo hacia su propia persona?

Eso es lo que no se puede juzgar. Los deberes para con uno mismo. El suicidio, por ejemplo, no es castigable, por razones obvias. Pero ¿puede castigarse al que ayuda a un suicida? La ley dice que no. ¿Quién es culpable, entonces, de esa muerte, de ese autohomicidio? ¿Nadie? ¿Por qué castigamos al que mata a otra persona y no al que se mata a sí mismo? ¿Cuál es el límite moral del crimen?

El abogado Azar tenía dos casos ante el juzgado en los siguientes días.

El primero es el juicio contra un tal Rayón Merci, acusado de abuso sexual contra niñas.

—Señores del jurado. Mi cliente es acusado de asesinato y de abuso sexual de mujeres menores de edad. Una acusación grave. ¿Qué nos dice el acusado, Rayón Merci?

—Yo no quería. Sólo quería tocar la ropa íntima. No dañaba a nadie. No es mi culpa que las muchachas hayan regresado antes de tiempo. Si no regresan, no las veo. Yo no quería matarlas. Sólo quería tocar la ropa interior, acariciarla, besarla. Imaginar.

—El hecho es que Rayón mató brutalmente a las muchachas que lo descubrieron desnudo, vestido sólo con la ropa interior de las chicas, acostado en la cama de una de estas.

—Yo no les pedí que vinieran a verme. Era mi placer, sólo mi placer. Metiches, ¿qué tenían que...?

—Las obligaste a desnudarse. Les tomaste fotos.

—Yo no quería, yo no quería...

—Les sellaste las bocas, la nariz, con tela adhesiva.

—Yo no quería...

—Luego las mataste a palos...

—Es que me iban a denunciar...

—Rayón, silencio.

Aarón Azar presentó la defensa de Rayón Merci. Rayón no es un criminal habitual. Esta es su primera ofensa, ténganlo en cuenta. ¿Que sentía obsesión por la ropa interior de muchas adolescentes? Esto no es un crimen. Entrar a una recámara ajena a probarse y robar ropa sí es un delito. Delito de apoderarse de algo ajeno. Elevado, en el caso que nos ocupa, a delito contra la dignidad de las personas, contra la vida y la integridad corporal, homicidio y privación de la libertad con fines sexuales, retención de menores, violación y abuso corporal.

Rayón Merci miraba al jurado con una especie de orgullo idiota. Y al público con una presunción de “a que ninguno de ustedes se atreve”. Miraba a Aarón Azar con absoluta confusión: ¿Lo defendía o lo acusaba? ¿Le daba la razón a quienes lo denunciaron? ¿Lo traicionaba? Su rostro delató un temor creciente a quien decía defenderlo.

—Todo esto es cierto —continuó Azar—, pero no es normal. Y no me refiero a la severidad de los hechos, sino a la personalidad del acusado. Rayón Merci es un hombre sano, trabajador y juicioso. Salvo en este punto. Tiene una obsesión con la ropa interior de las mujeres. Si sólo fuese así, no sería juzgable.

Miró a Rayón. Rayón no sabía hacia dónde mirar.

—No sería juzgable... pero lo es porque mató.

Azar colgó la cabeza, con pesadumbre.

—Es la primera vez que matas, ¿verdad, Rayón?

—Sí, la primera, nunca, si ellas no...

—¿No lo deseabas, verdad?

—No, no, sólo la...

—O sea, no fue la voluntad del acusado matar. No fue su intención. No es parte de su costumbre...

Rayón levantó la cabeza, con cara de vergüenza y no se atrevió a agitar su cabeza de pelo corto y rizado, cobrizo, que le daba cierto encanto a su rostro crispado, como si las facciones innatas del acusado tuviesen temor de manifestarse sólo para traicionarlo. Como mentiroso, si decía la verdad. Como fidedigno, si contaba mentiras. Sólo le quedaba apretar un puño contra otro y separarlos enseguida, como si se diera cuenta de que las culpables de todo eran sus manos, él no, él no...

—No quería hacer lo que hizo. Ni la inteligencia ni la voluntad lo impulsaron. Normalmente, este es un hombre lúcido, tranquilo. ¿Por qué se le va a juzgar? ¿Por lo que siempre es? ¿O por lo que accidentalmente le sucedió?

Aarón Azar sabía respirar con pausa. Ni un murmullo.

—No seré tan vulgar como para hacerles creer que el acusado está loco. No, no en el sentido del diccionario: privación del juicio. El acusado sabía lo que hacía. Pero el asesino repite su crimen una y otra vez. Rayón no es un asesino habitual. Eso está claro. Rayón obró por una fuerza que no pudo evitar. No por inteligencia. No por voluntad. Sólo como conclusión indeseada de una fijación intermitente.

Todos miraron al abogado.

—Rayón Merci es un loco intermitente. No merece la muerte terminal, merece un compromiso entre la muerte que no merece y la libertad que no sabe emplear.

Los ojos brillantes, la boca sin labios, la nariz temblorosa, las orejas acusadas, el pelo inmóvil como una peluca.

—Rayón Merci merece un castigo. Merece la protección de un asilo. Se protege a un hombre errado. Y se protege a la sociedad.

Rayón Merci escuchó en silencio, con la cabeza baja, las razones del abogado, confirmadas por el jurado. Rayón Merci sería internado en el asilo del doctor Ludens. Rayón Merci no iría a dar con sus huesos en la cárcel. No soy un criminal, comenzó a referirse como lo haría de allí en adelante, soy un loco. Y ese hombre con el gorro negro y la toga negra tiene la culpa. En vez de mandarme a la cárcel a cumplir una sentencia, me manda al manicomio para siempre.

Levantó la mirada para grabarse la imagen del abogado, Aarón Azar, su defensor de oficio. No olvidarlo nunca. Jamás perdonarle la ofensa, esto es lo que quedó en el interior de Rayón Merci.

—Este hombre se llama Aarón Azar. Y me ha ofendido. ¡Yo no estoy loco! ¡Yo sé lo que hago!

Federico (2)

Hagamos un trato: yo hablo de lo mío y tú de lo tuyo.
Alternando.

No; quisiera saber quién era el tal Rayón Merci al que defendía Azar.

Luego, después de ti. ¿De quién quieres hablar?

De una muchacha.

Ah.

Dorian (1)

Era pequeña, de baja estatura. Pero bien formada, muy esbelta. Bueno, flaca. Sólo que la estatura disimulaba la pequeñez del cuerpo y la delgadez de los brazos. Se cortaba el pelo muy corto. Lucía un cráneo bien formado. La cabellera era de un rubio cenizo. Poseía un perfil cambiante. Es decir, era una de lado y otra de frente. Vista desde abajo, parecía extraña y no tan bella. Jamás mostraba las piernas. Usaba pantalones largos ocultando el tamaño de los zapatos y la altura de los tacones.

En cambio, le gustaba quitarse el saquillo y mostrar la delgadez extrema de sus brazos. “Delgadez” es un eufemismo. Eran brazos flacos, raquíuticos si no fuese por el brillo dorado que los cubría. Brazos de enferma si no fuese por la extraña energía con que brillaban, muertos. Si Dorian no era consciente de la belleza de sus brazos —pese a la flacura, sin la enfermedad—, menos lo era de la llanura de sus pechos, donde no era posible adivinar relieve alguno. Planos, cubiertos por una camiseta dorada sin mangas que permitía observar las axilas de Dorian. Una, afeitada hasta lo fantasmal: blanca y lisa. Otra, velluda con una sombra castaña agresiva y nocturna.

¿Qué soy? ¿Quién soy? Demandaba la persona toda de Dorian, sentada en un rincón del bar, levantando los brazos como para llamar la atención de la gente, aunque en realidad preguntándole a la gente:

¿Qué soy? ¿Quién soy?

Federico (3)

¿Qué más, Federico?

Dorian cavila. Vamos a dejar que piense mucho en quién es su persona, antes de seguir adelante.

Me gustaría saber más de ella. ¿Por qué empezaste por ahí?

¿Por qué crees? Porque no hablo de Dorian. Hablo de la belleza.

¿De cuál?

Bueno, la que hemos acordado darle a las personas por lo menos desde la Venus de Milo y el Apolo de...

¿Y Sócrates? ¿No era bello? ¿Qué me dices? Todos los testimonios dicen que era muy feo. ¿Por fuera? ¿O por dentro?

Igual. Yo inicié mi vida filosófica denunciando a Sócrates por haber dicho que para ser bueno, hay que ser consciente.

Tiene razón.

Entonces no la tienen los trágicos, que crean a partir de la inconsciencia de sus actos y las consecuencias de su ignorancia.

¿No es así?

Así es y Sócrates lo niega. Él quiere racionalizarlo todo y expulsar de la razón a la razón misma; expulsarla, digamos, de la música, que es algo, si no irracional, al menos inexplicable.

¿No lo son el daño y la redención?

No seas pedante. No hay nada sin misterio. Si quieres explicarlo todo, acabas sin saber nada.

Todos cometemos errores, Federico.

Todos traemos al mundo un misterio, no una equivocación.

¿Todos somos errores, entonces?

Todos estamos descontentos en una cultura que quiere explicarlo todo.

Yo estoy aquí contigo porque quiero saber.

Vas a desilusionarte. Yo te ofrezco vida, no razones.

¿Me ofreces...?

La tierra mítica.

¿Cómo se llama?

Ya sabrás, primero conoce a la familia, primer punto. Luego a la madre. Son diferentes, te lo aseguro, la madre y el mito.

¿Crees que la familia es lo primero?

Yo no. Tú sí... Adelante con la familia, que es el principio convencional de nosotros mismos. Aunque decir "familia" es decir genealogía.

De allí venimos, Federico.

Nos guste o no nos guste ¿verdad?

Índice

I. De la paz el arcángel divino.....	9
II. Y retiemble en sus centros la tierra	99
III. Cíña, oh patria	161
IV. Al sonoro rugir del cañón	229

Sobre el autor

Carlos Fuentes (1928-2012) Connotado intelectual y uno de los principales exponentes de la narrativa mexicana, su vasta obra incluye novela, cuento, teatro y ensayo. Recibió numerosos premios, entre ellos los siguientes: Premio Biblioteca Breve 1967 por *Cambio de piel*. Premio Xavier Villaurrutia y Premio Rómulo Gallegos por *Terra Nostra*. Premio Internacional Alfonso Reyes 1979. Premio Nacional de Ciencias y Artes en Lingüística y Literatura 1984. Premio Cervantes 1987. Orden de la Independencia Cultural Rubén Darío, otorgada por el Gobierno Sandinista, 1988. Premio del Instituto Italo-Americano 1989 por *Gringo viejo*. Medalla Rectoral de la Universidad de Chile, 1991. Condecoración con la Orden al Mérito de Chile, en grado de Comendador, 1993. Premio Príncipe de Asturias, 1994. Premio Internacional Grinzane Cavour, 1994. Premio Picasso, otorgado por la UNESCO, Francia, 1994. Premio de la Latinidad otorgado por las Academias Brasileña y Francesa de la Lengua, 2000. Legión de Honor del Gobierno Francés, 2003. Premio Roger Caillois, 2003. Premio Real Academia Española 2004 por *En esto creo*. Premio Galileo 2000, Italia, 2005. Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, 2008. Premio Internacional Don Quijote de la Mancha, 2008. Gran Medalla de Verneil, 2010. Premio Internacional Fundación Cristóbal Gabarrón de las Letras 2011. Premio Formentor de las Letras 2011.